

juntos estaban, é vió cómo su sobrino Sarquiles se combatía con Adamas á caballo de las espadas bravamente; é llegando á ellos, tomáronle en medio é firieronle de grandes golpes, como aquellos que eran valientes é de gran fuerza; mas Angriote se defendía, poniendo al uno el escudo é al otro con el espada, de manera que los facia revolver, que no alcanzaba golpe en lleno que las armas no derribase fasta tierra; que, como se vos ha dicho, este caballero era el mejor feridor de espada que ninguno de los caballeros del señorío del Rey. Así que, en poco rato los paró tales, que los escudos eran fechos rajados é las lorigas rotas por muchos logares, que la sangre salía por ellos; pero él no estaba tan sano, que muchas llagas no toviese, é mucha sangre se le iba. Sarquiles, cuando así vió á su tío, y que él no podía vencer á Adamas, quiso poner en toda aventura, é puso las espuelas muy reciamente á su caballo, é juntó con él á brazos, é andovieron asidos una pieza, trabajando por se derribar; é como Angriote así los vió, llegóse lo mas presto que pudo contra ellos por socorrer á Sarquiles si debajo cayese, é los dos hermanos siguiéronle cuanto podían por socorrer á su hermano. En esto los dos caballeros cayeron abrazados en el suelo, é allí viéronse una gran priesa entre ellos, Angriote por socorrer á su sobrino, é los otros á su cohermano; mas aquella hora facia Angriote maravillas en armas, en dar tan duros é tan terribles y esquivos golpes, que, por mucho que ficieron los dos hermanos, no podieron tanto resistir, que Adamas pudiese salir de las manos de

Sarquiles. Cuando Gandandel é Brocadan esto vieron, que fasta allí tenían esperanza que la fuerza de sus hijos sosternía aquello que con gran maldad ellos urdieran, quitáronse de la ventana con gran dolor é angustia de sus corazones; é así lo fizo el Rey, que de toda la buena andanza de aquellos que amigos eran de Amadís le pesaba, é no quiso ver el vencimiento é muerte de aquellos ni la vitoria de Angriote; mas todos los que allí estaban habian dello mucho placer, porque en este mundo pagasen aquellos malos Gandandel é Brocadan algo de la culpa que mereciesen; mas los cuatro caballeros que en el campo estaban no entendian sino en se ferir por todas partes de grandes golpes; pero no duró mucho, que Angriote é Sarquiles cargaron de tantos golpes á los dos hermanos, que ya no tenían defensa alguna ni facian sino retraerse, buscando alguna guarida, é no la fallando, daban algunos golpes é tornaban á fuir, pensando de se valer por salvarse las vidas; mas en el cabo fueron derribados, no pudiendo sufrir los golpes que sus enemigos les daban, é fueron muertos por sus manos, con mucho placer de la muy hermosa Madasima é de los caballeros de la insola Firme, é mas de Oriana é de Mabilia, que nunca cesaban de rogar á Dios por ellos que les diese aquella vitoria que habian alcanzado. Entonces Angriote preguntó á los jueces si había mas de hacer. Ellos le dijeron que asaz había fecho para cumplimiento de su honra; é sacándolos del campo, los tomaron sus compañeros, é con Madasima se tornaron á sus tiendas, donde los ficieron de sus llagas curar.

ACÁBASE EL SEGUNDO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA.

SUMARIO DEL TERCERO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA,

EN EL CUAL SE CUENTA DE LAS GRANDES DISCORDIAS É ZIZANAS QUE EN LA CASA É CORTE DEL REY LISUARTE HUBO POR EL MAL CONSEJO QUE GANDANDEL DIÓ AL REY POR DAÑAR Á AMADÍS Y Á SUS PARIENTES É AMIGOS; PARA EN COMIENZO DE LO CUAL, MANDÓ EL REY Á ANGRIOTE É Á SU SOBRINO QUE SALIESEN DE SU CORTE Y SUS SEÑORÍOS, Y LOS ENVIÓ Á DESAFIAR, Y ELLOS LE TORNARON LA CONFIRMACION DEL DESAFÍO, COMO ADELANTE SE CONTARÁ.

INTRODUCCION.

CUENTA la historia que seyendo muertos los hijos de Gandandel é Brocadan por la mano de Angriote de Estravaus y de su sobrino Sarquiles (como habeis oído), los doce caballeros con Madasima con mucha alegría los llevaron á sus tiendas; mas el rey Lisuarte, que de la finiestra se quitó por los no ver morir, no por él bien que los quería, que ya como á sus padres los tenía por malos, mas por la honra que dello Amadís alcanzaba con algún menoscabo de su corte; pasando algunos dias que supo cómo Angriote é su sobrino estaban mejores de sus llagas, que podían cabalgar, enviólos á decir que se fuesen de sus reinos y que no andoviesen mas por ellos; si no, que él lo mandaria remediar; de lo cual muy quejados aquellos caballe-

ros, grandes quejas mostraron dello á don Grumedan é á otros caballeros de la corte que allí por les hacer honra los iban á ver, especialmente don Brian de Monjaste y Gavarte de Val Temeroso, diciendo que, pues el Rey, olvidando los grandes servicios que le ficieran, así los trataba y extrañaba de sí, que se no maravillase si tornados al contrario, pesase en mayor cantidad lo por venir que lo pasado; y levantando sus tiendas, recogida toda su compañía, en el camino de la insola Firme se posieron; é al tercero dia fallaron en una ermita á Gandeza, la sobrina de Brocadan é amiga de Sarquiles, aquella que le tuvo encerrado donde oyó é supo toda la maldad que su tío Gandandel contra Amadís urdiera, así como ya es contado; la cual fuyó de miedo que por ello hobo; é hobieron mucho placer con ella, en especial Sarquiles, que la mucho amaba;

é tomándola consigo, continuaron su camino. El rey Lisuarte, que por no ver la buena ventura de Angriote é su sobrino se quitó de la finiestra, como se ha dicho, entróse á su palacio muy sañado, porque las cosas se iban haciendo á la honra y prez de Amadís y de sus amigos; é allí se fallaron don Grumedan é los otros caballeros, que venian de salir con los que á la insola Firme iban, é dijéronle todo lo que les habian dicho y la queja que dél llevaban; lo cual en mucha mas saña é alteracion le puso, é dijo: «Aunque el sufrimiento es una discrecion muy preciada y en todas las mas cosas provechosa, algunas veces da gran ocasion á mayores yerros, así como con estos caballeros me conteece, que si como ellos de mí se apartaron, me apartara yo de les mostrar buena voluntad y el gesto amoroso, no fueran osados, no solamente decir aquello que os dijeron, mas ni aun venir á mi corte ni entrar en mi tierra; pero, como yo fice lo que la razon me obligaba, así Dios terná por bien en el cabo de me dar la honra, y á ellos la paga de su locura; é quiero que luego me los vayan á desafiar, é Amadís con ellos, por quien todos se mandan; é allí se mostrará lo que sus soberbias bastan.» Arban, rey de Norgales, que amaba el servicio del Rey, le dijo: «Señor, mucho debeis mirar esto que decis antes que se haga, así por el gran valor de aquellos caballeros, que tanto pueden, como por haber mostrado Dios tan claramente ser la justicia de su parte; que si así no fuera, aunque Angriote es buen caballero, no se partiera de los dos hijos de Gandandel, que por tan valientes y esforzados eran tenidos, de tal forma, ni Sarquiles de Adamas, como se partió; por donde parece que la gran razon que mantenian les dió é otorgó aquella vitoria; y por esto, Señor, ternia yo por bien que se tornasen para vuestro servicio; que no es pro de ningún rey trabar guerra con los suyos, pudiéndola excusar; que todos los daños que de la una parte á otra se facen, é las gentes é haberes que se pierden, el Rey lo pierde sin ganar honra ninguna en vencer ni sobrar á sus vasallos, é muchas veces de tales discordias se causan grandes daños, que se da ocasion de poner en nuevos pensamientos á los reyes é grandes señores comarcanos, que con alguna premia de sujecion estaban, de trabajar de salir della, é cobrar en lo presente mucho mas de lo que en lo pasado perdido tenían; é lo que mas se debe temer, es no dar lugar á que los vasallos pierdan el temor é la vergüenza á sus señores, que gobernándolos con templada discrecion, sojuzgándolos con mas amor que temor, pueden los tener é mandar como el buen pastor al ganado; mas si mas premia que pueden sufrir les ponen, acaece muchas veces saltar todos por do el primero salta, é cuando el yerro es conocido, ser la emienda dificultosa de recibir; así que, Señor, agora es tiempo de lo remediar, antes que mas la saña se encienda; que Amadís es tan homilde en vuestras cosas, que con poca premia lo podeis cobrar, é con él á todos aquellos que por él de vos se partieron.» El Rey le dijo: «Bien decis en todo; mas yo no daré aquello que dí á mi hija Leonoreta, que ellos me demandaron; ni su poder, aunque grande es, no es nada con el mio; é no me fableis mas en esto, mas aderezad armas é caballos pa-

ra me servir, y de mañana partirá Cendil de Ganota para los desafiar á la insola Firme.—En el nombre de Dios, dijeron ellos, y él haga lo que tuviere por bien, é nosotros os serviremos.»

Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó en su palacio. Gandandel é Brocadan, sabréis que, como vieron sus hijos muertos, y ellos haber perdido este mundo y el otro, recibiendo aquello que en nuestros tiempos otros muchos semejantes no reciben, guardándolos Dios ó por su piedad para que se emienden, ó por su justicia para que junto lo paguen, no se emendando sin les quedar redencion, acordaron de se ir á una insola pequeña que habia Gandandel, de poca poblacion, é tomando sus muertos hijos é sus mujeres é compañías, se metieron en dos barcas que tenían para pasar á la insola de Mongaza, si Gromadaza la gigante no entregara los castillos; é con muchas lágrimas de todos ellos, é maldiciones de los que los veian ir, movieron del puerto, y llegaron donde mas la historia no hace mencion dellos; pero puédese con razon creer que aquellos que las malas obras acompañan fasta la vejez, que con ellas dan fin á sus dias, si la gracia del muy alto Señor mas por su santa misericordia que por sus méritos no les viene, para que con tiempo sean reparados. Fizo pues el rey Lisuarte juntar en su palacio todos los grandes señores de su corte é los caballeros de menor estado; y quejándose de Amadís y de sus amigos de las soberbias que contra él habian dicho, les rogó que dello se doliesen así como él lo facia en las cosas que á ellos tocaba. Todos le dijeron que le servirian como á su señor en lo que les mandase. Entonces él llamó á Cendil de Ganota é dijo: «Cabalgad luego, é con una carta de creencia id á la insola Firme, y desafiadme á Amadís é á todos aquellos que la razon de don Galvanes mantener querrán, é decidles que se guarden de mí; que si puedo, yo les destruiré los cuerpos é los haberes do quiera que los falle, y que así lo farán todos los de mis señoríos.» Don Cendil, tomando recaudo, armado en su caballo, se puso luego en el camino, como aquel que deseaba cumplir mandado de su señor. El Rey estuvo allí algunos dias, y partióse para una villa suya, que Gracedonia habia nombre, porque era muy viciosa de todas las cosas, de que mucho plogo á Oriana é á Mabilia, por ser cerca de Miraflores; y esto era porque se le acortaba á Oriana el tiempo en que debía parir, y pensaban que de allí mejor que de otra parte pornian en ello remedio. Et los doce caballeros que llevaban á Madasima andovieron por sus jornadas sin entrevale alguno fasta que llegaron á dos leguas de la insola Firme, é allí cabe una ribera fallaron á Amadís, que les atendia con fasta dos mill é trecientos caballeros muy bien armados y enca-balgados, que los recibió con mucho placer, haciendo é mostrando gran amor é acatamiento á Madasima, é abrazando muchas veces Amadís á Angriote, que por un mensajero de su hermano don Florestan sabia ya todo lo que les aviniera en la batalla; et así estando juntos con mucho placer, vieron descender por un camino de un alto monte á don Cendil de Ganota, caballero del rey Lisuarte, el que los venia á desafiar.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el caballero Cendil de Ganota, que traía el desafío, llegó á hacer su debido oficio, aunque á él de todo mucho le pesaba, y la respuesta y desafío que por los caballeros fué mandado al Rey.

El leal caballero Cendil, que muy prudente era, desde que vió tanta gente é tan bien armada, las lágrimas le vinieron á los ojos, considerando ser todos aquellos partidos del servicio del Rey su señor, á quien él muy leal amigo y servidor era, con los cuales muy honrado é acrescentado estaba; mas alimpiando sus ojos, hizo el mejor semblante que pudo, como él lo tenía, que era muy hermoso caballero, é muy razonado y esforzado; y llegó á la gente, preguntando por Amadís, é mostráronle que estaba con Madasima é con los caballeros que de camino llegaban. El se fué para ellos, é como le conocieron, recibieronle muy bien, y él los saludó con mucha cortesía é dijoles: «Señores, yo vengo á Amadís é á todos vosotros con mandado del Rey; é pues vos fallo juntos, bien será que lo oyais.» Estonces se llegaron todos por oír lo que diría, y Cendil dijo contra Amadís: «Señor, haced leer esa carta.» E como fué leída dijole: «Esta es de creencia; é agora oíd la embajada. Señor Amadís, el Rey mi señor vos manda desafiar á vos é á cuantos son de vuestro linaje, é á cuantos aquí estáis, é á los que se han de trabajar de ir á la ínsola de Mongaza; é díceos que de aquí adelante punéis de guardar vuestras tierras é haberes é cuerpos; que todo lo entiende destruir si podiere; é dícevos que excuseis de andar por su tierra; que no tomará ninguno que lo no haga matar.» Don Cuadragante dijo: «Don Cendil, vos habeis dicho lo que os mandaron é fecistes derecho; pues vuestro señor nos amenaza los cuerpos é haberes, estos caballeros digan por sí lo que quisieren; pero decidle vos por mí que aunque él es rey y señor de grandes tierras, que tanto amo yo mi cuerpo pobre como él ama el suyo rico; é aunque de fidalguía no le debo nada, que no es él de mas derechos reyes de ambas partes que yo; é pues me tengo de guardar, que se guarde él de mí é toda su tierra.» A Amadís le ploguiera que con mas acuerdo fuera la respuesta, é dijole: «Señor don Cuadragante, sufríos, para que este caballero sea respondido por vos é por todos cuantos aquí son, y pues que oído habeis la embajada, acordaréis la respuesta de consuno como á nuestras honras conviene; é vos, don Cendil de Ganota, podréis decir al Rey que muy duro le será de hacer lo que dice, é idvos con nosotros á la ínsola Firme, é probar os heis en el arco de los leales amadores, porque si lo acabádes, de vuestra amiga seréis mas tenido é maspreciado, é hallarla heis contra vos de mejor voluntad. Pues á vos place, dijo don Cendil, así lo faré; pero en fecho de amores no quiero dar mas á entender de mi hacienda de lo que mi corazón sabe.» Luego movieron todos para la ínsola Firme; mas cuando Cendil vió la Peña tan alta é la fuerza tan grande, mucho fué maravillado, é mas lo fué despues que fué dentro é vió la tierra tan abundosa; así que, conoció que todos los del mundo no le podían hacer mal.

Amadís lo levó á su posada, é le hizo mucha honra, porque don Cendil era de muy alto lugar. Otro día se

juntaron todos aquellos señores, é acordaron de enviar á desafiar al rey Lisuarte, y que fuese por un caballero que allí con gente de Dragonis é Palomir era venido, que había nombre Sadamon; que estos dos hermanos eran hijos de Grasujis, rey de la profunda Alemaña, que era casado con Saduva, hermana del rey Perion de Gaula; é así estos como todos los otros que eran de gran guisa, hijos de reyes y de duques y condes, habían allí traído gentes de sus padres, é muchas fustas para pasar con don Galvanes á la ínsola de Mongaza; é diéronle á este Sadamon una carta de creencia, firmada de todos los nombres dellos, é dijéronle: «Decid al rey Lisuarte que, pues él nos desafía é amenaza, que así se guarde de nosotros, que en todo le empeceremos, y que sepa que cuando hayamos tiempo enderezado pasaremos á la ínsola de Mongaza, y que si él es gran señor, que cerca estamos donde se conocerá su esfuerzo y el nuestro; é si algo os dijere, respondedle como caballero, que nosotros lo faremos todo firme, si á Dios ploguiere, con tal que no sea en camino de paz, porque esta nunca le será otorgada hasta que don Galvanes restituido sea en la ínsola de Mongaza.» Sadamon dijo que como lo mandaban lo faría enteramente. Amadís habló con su amo don Gandáles, é dijole: «Conviene de mi parte vayais al rey Lisuarte, é decidle, sin temor ninguno que dél hayais, que en muy poco tengo su desafío é sus amenazas, menos aun de lo que él piensa; y que si yo sopiera que tan desagradecido me había de ser de cuantos servicios fechos le tengo, que me no posiera á tales peligros por le servir; y que aquella soberbia é grande estado suyo con que me amenaza, é á mis amigos é parientes, que la sangre de mi cuerpo gelo ha sostenido; y que fío en Dios, aquel que todas las cosas sabe, que este desconocimiento será emendado mas por mis fuerzas que por grado suyo; y decidle que por cuanto yo le gané la ínsola de Mongaza, no será por mi persona en que la pierda, ni faré enojo en el lugar donde la Reina estoviere por la honra della, que lo merece; é así gelo decid si la viédes; y que pues él mi enemistad quiere, que la habrá en cuanto yo viva, y de tal forma, que las pasadas que ha tenido no le vengan á la memoria.» Agrájes le dijo: «Don Gandáles, faced mucho por ver á la Reina, y besadle las manos por mí, y decidle que me mande dar á mi hermana Mabilia, que pues á tal estado somos llegados con el Rey, ya no le face menester estar en su casa.» Desto que Agrájes dijo pesó mucho á Amadís, porque en esta infanta tenía él todo su esfuerzo para con su señora, é no la quería mas ver apartada della que si á él le apartasen el corazón de las carnes; mas no osó contradecirlo por no descubrir el secreto de sus amores.

Esto así fecho, movieron los mensajeros en compañía de don Cendil de Ganota con gran placer, albergando en lugares poblados. En cabo de los diez días llegaron á la villa donde el rey Lisuarte estaba en su palacio con asaz caballeros é otros hombres buenos, el cual los recibió con buen talante, aunque ya sabía por mensajero de Cendil de Ganota, cómo lo venían á desafiar; los mensajeros le dieron la carta, y él les mandó que dijiesen todo lo que les encomendaron. Don

Gandáles le dijo: «Señor, Sadamon os dirá lo que los altos hombres é caballeros que están en la ínsola Firme os envían decir, y despues deciros he á lo que Amadís me envía, porque yo á vos vengo con mandado, é á la Reina con mensaje de Agrájes, si os ploguiere que la vea.—Mucho me place, dijo el Rey, y ella habrá placer con vos, que servistes muy bien á su hija Oriana en tanto que en vuestra tierra moró, lo cual os agradezco yo.—Muchas mercedes, dijo Gandáles, é Dios sabe si me placiera de vos poder servir, é si me pesa en lo contrario.—Así lo tengo yo, dijo el Rey, é no os pese de hacer lo que debeis, cumpliendo con aquel que criastes que de otra guisa seros-hi-a mal contado.» Entonces Sadamon dijo al Rey su embajada, así como es ya contado; y en el cabo desafiólo á él é á todo su reino é á todos los suyos, como lo traía en cargo; é cuando le dijo que no esperase de haber paz con ellos si ante no restituyese á don Galvanes é á Madasima en la ínsola de Mongaza, dijo el Rey: «Tarde verná esa concordia, si ellos eso esperan. Así Dios me ayude, nunca terné que soy rey si no les quebranto aquella gran locura que tienen.—Señor, dijo Sadamon, dicho os he lo que me mandaron; é si algo de aquí adelante os dijere, esto va fuera de mi embajada; y respondiéndolo á lo que dejistes, yo os digo, Señor, que mucho ha de valer, y de muy gran poder será el que su orgullo de aquellos caballeros quebrantare, é mas duro os será de lo que pensar se puede.—Bien sea eso verdad, dijo el Rey, mas agora parecerá á qué basta mi poder y de los míos, ó el suyo.» Don Gandáles le dijo de parte de Amadís todo lo que ya oistes, que nada faltó, así como aquel que era muy bien razonado; é cuando vino á decir que no iría Amadís á la ínsola de Mongaza, pues que él gelo hizo ganar, ni al lugar donde la Reina estoviese por la no hacer enojo, todos lo tovieron á bien é á gran lealtad, é así lo razonaban entre sí, y el Rey así lo tovo.

Entonces mandó á los mensajeros que se desarmasen é comerían, que era tiempo, é así se hizo; que en la sala adonde él comía los hizo asentar á una mesa enfrente de la suya, donde comían su sobrino Giontes é don Guilan el cuidador é otros caballeros preciados, que por su valor extremadamente se les facía esta grande honra entre todos los otros, que daba causa á que su bondad creciese, é la de los otros, si tal no era, procurar de ser sus iguales, porque en igual grado del Rey, su señor, fuesen tenidos; é si los reyes este semejante estilo toviesen, harían á los suyos ser virtuosos, esforzados, leales, amorosos en su servicio, y tenerlos en mucho mas que las riquezas temporales, recordando en sus memorias aquellas palabras del famoso Fabricio, cónsul de los romanos, que á los embajadores de los epirotos, á quien iba á conquistar, dijo sobre traerle muy grandes presentes de oro é plata é otras ricas joyas, habiéndole visto comer en platos de tierra, pensando con aquello aplacarle y desviarle de aquello que el senador de Roma le mandara que contra ellos hiciese; mas él usando de su alta virtud, desechando aquello que muchos por lo cobrar en grande aventura sus vidas é ánimas ponen. Pues estando en aquel comer, el Rey estaba muy alegre é diciendo á todos los caballeros

que allí estaban que se aderezasen lo mas presto que pudiesen para la ida de la ínsola de Mongaza; y que si menester fuese, él, por su persona, iría con ellos; y desde que los manteles alzaron, llevó don Grumedan á Gandáles á la Reina, que lo ver quería, de que mucho plogo á Oriana é á Mabilia, porque délsabrian nuevas de Amadís, que mucho deseaban saber, y entrando donde ella estaba, recibiólo muy bien é con gran amor, é fizo lo sentar ante sí cabe Oriana é dijole: «Don Gandáles, amigo, ¿conoceis esa doncella que cabe vos está, á quien vos mucho servistes?—Señora, dijo él, si yo algún servicio le he fecho, téngome por bienaventurado, é así me terné cada que á vos, Señora, ó á ella servir pueda, é así lo faría al Rey si no fuese contra Amadís, mi criado é mi señor.» La Reina le dijo: «Pues así sea por mi amor, como dicho habeis.» Gandáles le dijo: «Señora, yo vine con mandado de Amadís al Rey, é mandóme que si ver os podiese, que por él os besase las manos, como aquel á quien mucho pesa de ser apartado de vuestro servicio; é otro tanto digo por Agrájes, el cual os pide de merced le mandeis dar á su hermana Mabilia; que pues él é don Galvanes no son en amor del Rey, no tiene ya ella por qué estar en su casa.» Cuando esto Oriana oyó, muy gran pesar hobo, que las lágrimas le vinieron á los ojos, que sufrir no se pudo; así porque la mucho amaba de corazón, como porque sin ella no sabía qué hacer en su parto, que se le allegaba ya el tiempo. Mas Mabilia, que así la vió, hobo gran duelo della é dijole: «Ay Señora, qué gran tuerto me haría vuestro padre é madre si de vos me partiesen.—No lloreis, dijo Gandáles, que vuestro fecho está muy bien parado, que cuando de aquí vayais seréis llevada á vuestra tía la reina Elisena de Gaula, que, despues desta ante quien estamos, no se falla otra mas honrada, é folgaréis con vuestra cohermana Melicia, que os mucho desea.—Don Gandáles, dijo la Reina, mucho me pesa desto que Agrájes quiere, é hablarlo he con el Rey; é si mi consejo toma, no irá de aquí esta infanta sino casada, como persona de tan alto lugar.—Pues sea luego, Señora, dijo él, porque yo no puedo mas detenerme.»

La Reina lo envió llamar, é Oriana, que lo vió venir, y que en su voluntad estaba el remedio, fué contra él, é fincando los hinojos, le dijo: «Señor, ya sabeis cuánta honra recibí en la casa del rey de Escocia, é cómo al tiempo que por mí enviastes me dieron á su hija Mabilia, é cuánto mal contado me sería si á ella no gelo pagase; y demás desto, ella es todo el remedio de mis dolencias é males. Agora envía Agrájes por ella, é si me la quitádes, haréisme la mayor crueza é sinrazon que nunca á persona se hizo, sin que primero le sea galardonado las honras que de su padre recibí.» Mabilia estaba de las honras que de su padre recibí, é llorando, le suplicaba que la no dejase levar; si no, que con gran desesperacion se mataría, é abrazábase con Oriana. El Rey, que muy mesurado era y de gran entendimiento, dijo: «No penseis vos, mi hija Mabilia, que por la discordia que entre mí é los de vuestro linaje está, tengo yo de olvidar lo que me habeis servido, ni por eso dejaría de tomar todos los que de vuestra sangre servir me quisiesen é hacerles mercedes; que por

los unos no desamaria á los otros, cuanto mas á vos, á quien tanto debemos; y fasta que el galardón de vuestros merecimientos hayais, no seréis de mi casa partida.» Ella le quiso besar las manos, mas el Rey no quiso, é alzándolas suso, las hizo asentar en un estrado, y él se asentó entre ellas. Don Gandáles, que todo lo vió, dijo: «Señora, pues tanto vos amais é habeis estado de consuno, desaguisado faria quien vos partiése; y de vos, señora Oriana, al mi grado ni por mi consejo Mabilia no será partida sino en la forma que el Rey é vos decís; yo he dicho al Rey é á la Reina mi embajada, é la respuesta daré á don Galvanes, vuestro tío, é á Agrájes, vuestro hermano; é como quier que dello les pese ó plega, todos ternán por bien lo que el Rey face, é lo que vos, Señora, quereis.» Despues desto, dijo al Rey é á la Reina: «Señores, yo me quiero ir.» El Rey le dijo: «Id con Dios, y decid á Amadis que esto que me envió á decir, que no irá á la insola de Mongaza, pues que él me la hizo haber; que yo bien entiendo que mas lo face por guardar su provecho que por adelantar mi honra; é como lo yo entiendo, así gelo gradezco, y de hoy mas faga cada uno lo que entendiere.» E salióse de la cámara al palacio. La Reina dijo: «Don Gandáles, mi amigo, no parédes mientes á las sañudas palabras del Reyni de Amadis, sino todavía vos ruego que se os acuerde de poner paz entre ellos; que yo así lo faré; é saludádmelo mucho, é decidle que le gradezco la cortesía que me envió decir, que no haria enojo en el lugar donde yo estoviese, y que le ruego mucho que me honre cuando viere mi mandado.—Señora, dijo él, todo lo faré á todo mi poder, como lo mandais.» Y despidióse della, y ella lo acomodó á Dios que le guardase, y le diese gracia que entre el Rey é Amadis posiese amistad, como tener solian.

Oriana é Mabilia lo llamaron, é dijole Oriana: «Señor don Gandáles, mi leal amigo, gran pesar tengo porque no vos puedo galardonar lo que me servistes; que el tiempo no da lugar, ni yo tengo para satisfacer vuestro tan gran merecimiento, mas placera á Dios que ello se fará como lo yo debo y deseo; mas mucho me desplace deste desamor, porque, segun el corazon del uno y del otro, no se espera sino mucho mal é daño, segun de cada dia va creciendo, si Dios por su piedad no lo remedia; mas yo espero en él que atajará este mal, é saludádmelo mucho, y decidle que le ruego yo mucho que, teniendo él en su memoria las cosas que en esta casa de mi padre pasó tiemplos presentes é porvenir, tomando el consejo é mandado de mi padre, que le mucho precia é ama.» Mabilia le dijo: «Gandáles, de merced os pido me encomendeis mucho á mi cohermano y señor Amadis, é á mi señor hermano Agrájes, é al virtuoso señor don Galvanes, mi tío; y decidles que de mi no hayan cuidado, ni se trabajen de me apartar de mi señora Oriana, porque les seria afan perdido; que enantes perderia la vida que me partir della siendo á su grado; é dad esta carta á Amadis, y decidle que en ella fallará todo el fecho de mi hacienda, y creo que con ella gran consolacion recibirá.» Oido esto por Gandáles, saludólas, y luego se partió dellas; é tomando á Sadamon consigo, que con el Rey estaba, se armaron y entraron en su camino, y á la salida de la villa fallaron

gran gente del Rey é muy bien armada, que hacían alarde para ir á la insola de Mongaza; lo cual él mandó hacer porque ellos viesan tanta é tan buena gente, é lo dijese á los que allí los enviaron, por les meter pavor. E vieron cómo andaban entre ellos por mayoresales el rey Arban de Norgales, que era un esforzado caballero, é Gasquilan el follon, hijo de Madarque, el gigante bravo de la insola Triste, é de una hermana de Lancino, rey de Suesa. Este Gasquilan follon salió tan esforzado y tan valiente en armas, que cuando su tío Lancino murió sin heredero, todos los del reino tovieron por bien de lo tomar por su rey y señor, é cuando este Gasquilan oyó decir desta guerra d'entre el rey Lisuarte é Amadis, partió de su reino, así por ser en ella, como por se probar en batalla con Amadis, por mandado de una señora á quien él muy mucho amaba; lo cual todo por mas extenso y entretenimiento el cuarto libro recontará, donde se dirá mas complidamente deste caballero, é la batalla que hobo con Amadis.

Don Gandáles é Sadamon, despues que aquellos caballeros hubieron mirado, fueron su camino hablando é razonando en cómo era muy buena gente; pero que con hombres lo habian que se no espantarian dellos; é tanto andovieron por sus jornadas, que llegaron á la insola Firme, donde con ellos mucho les plogo á aquellos que los atendían, y cuando fueron desarmados entráronse en una hermosa huerta, donde Amadis é todos aquellos señores folgando estaban, é dijéronles todo cuanto con el Rey les avino, é la gente que vieran que estaba para ir á la insola de Mongaza, é como llevaban aquellos dos caudillos el Rey Arban de Norgales é Gasquilan, rey de Suesa, é la razon por qué este de tan lueña tierra habia venido; que la principal causa era para se combatir con Amadis é con todos ellos; é como era valiente é ligero y de muy gran fama de todos aquellos que lo conocían. Gavarte de Val Temeroso dijo: «Para sanar ese gran deseo é dolencia que trae, aquí fallará muy buenos é discretos maestros, á don Florestan é á don Cuadrágante. E si ellos son ocupados, aquí soy yo, que le presentaré este mi cuerpo, porque no seria razon que tan luengo camino como andovo saliese en vano.—Don Gavarte, dijo Amadis, dígoos que si yo fuese doliente, antes dejaria toda la fisica, é pornia toda mi esperanza en Dios, que probar vuestra melecina ni letuario.» Brian de Monjaste dijo: «Señor, así no andais vos con tan gran cuidado como aquel que nos demanda; é bien será de lo socorrer, porque sepa decir en su tierra los maestros que acá falló para semejantes enfermedades.» Y desde así estovieron por espacio de una gran pieza hablando é riendo, é con gran placer, preguntó Amadis si habia hi alguno que lo conociese; é Listoran de la Torre Blanca dijo: «Yo le conozco muy bien, y sé harto de su hacienda.—Decidnoslo,» dijo Amadis. Estonces les contó quién era su padre é madre, y cómo fuera rey por su gran valentía, é cómo se combatía muy bravamente, é cómo habia ocho años que seguía las armas, é que ficiera tanto con ellas, que en toda su tierra ni en las comarcas no se fallaba su igual; mas digo que no se ha hallado con aquellos que agora viene á demandar, é yo me fallé contra él en un torneo que hobimos en Valtierra, y de los primeros encuentros

caímos con los caballos en el suelo, mas la priesa fué tan grande, que nos no podimos mas ferir, y el torneo fué vencido á la parte donde yo estaba por falta de los caballeros, que no ficieron lo que debían hacer, é por la gran valentía deste Gasquilan, que nos fué mortal enemigo; así que, hobo él prez de ambas partes, é no cayó aquel dia del caballo, sino aquella vez que nos encontramos.—Ciertamente, dijo Amadis, vos fablais de grande hombre, que viene como rey de gran prez por hacer conocer su bondad.—Decis verdad, dijo don Cuadrágante; mas en tanto lo erró, que debiera venirse á nosotros, que somos los menos, y mostrara en ello mas esfuerzo, pues sin tocar en su honra lo podiera hacer.—En eso acertó mejor, dijo don Galvanes, porque se vino, aunque á los mas, á los que son mas flacos; que no podiera él experimentar su esfuerzo si no tuviera en contra los mejores é mas fuertes.»

CAPITULO II.

Cómo navegaron hasta llegar á la insola de Mongaza, y la vitoria que hobieron en tomar el castillo del Lago Ferviente, en el cual fué entregada la muy hermosa Madasima y valedores.

Estando con grandísimo agasajo, hablando en lo sobredicho, llegaron los maestros de las naves é dijeron: «Señores, armad-ós y aderezad lo que menester habeis, y entrad en las naos, que el viento habemos muy aderezado para el viaje que hacer quereis.» Entonces salieron todos de la huerta con mucho placer, é la priesa y el ruido era tan grande, así de las gentes como de los instrumentos de la flota, que apenas se podían oír, é muy presto fueron armados, y metieron sus caballos en las fustas, que todas las otras cosas que menester habian dentro estaban, é con mucho placer acogiéronse á la mar; é Amadis é don Bruneo de Bonamar, que en una barca entre ellos andaban, hallaron juntos en una fusta á don Florestan é á Brian de Monjaste, é á don Cuadrágante é Angriote de Estravaus, y entraron con ellos, é Amadis los abrazaba, como si pasara gran pieza que los no viera; viniéndole las lágrimas á los ojos de muy gran amor que les habia é con soledad que dellos tomaba, é dijoles: «Mis buenos señores, mucho me huelgo en veros así juntos.» Don Cuadrágante le dijo: «Mi Señor, así irémos por la mar y aun por la tierra, si alguna ventura no nos parte, é así lo habemos puesto entre nos de nos guardar en esta jornada.» E mostráronle un pendon muy hermoso á maravilla que llevaban, en que iban figuradas doce doncellas con flores blancas en las manos. Cuando Amadis el pendon vió, hobo gran placer porque así gelo mostraron, é allí les dijo que mucho mirasen de se haber cuerdate, é dióles consejo cómo se habian de regir, y se despidió dellos, é tomando consigo en la barca á don Bruneo de Bonamar é á Gandáles, su amo, andovo por toda la flota, hablando con todos aquellos caballeros fasta que salió en tierra, y la flota movió tras la nao en que don Galvanes iba, é Madasima, que la delantera llevaba con tan gran ruido de trompas é añafles, que maravilla era de los ver. Así como oídes partió esta gran flota de aquel puerto de la insola Firme, para ir al castillo del Lago Ferviente, donde era la insola de Mongaza, y fué por la mar con tal tiempo, que á los siete dias arribaron un

dia antes del alba al castillo del Lago Ferviente, que cabe el puerto de la mar estaba, y luego se armaron todos, é aparejaron los bateles para saltar en tierra, é ponían puentes de tabias y de cañizos, por donde los caballos saliesen, y esto hacían muy calladamente, porque el conde Latine é Galdar de Rascuil, que en la villa estaban con trecientos caballeros, no los sintiesen; mas luego de los veladores fueron sentidos, é dijéronlo á aquellos señores que habia gente; mas no sopieron qué tanta, que la noche era muy oscura, y luego el conde é Galdar se vistieron é subieron al castillo, é oyeron la vuelta de la gente, y semejóles gran compañía, que con el alba del dia parecieron muchas naves, é dijo Galdar: «Verdaderamente este es don Galvanes é sus compañeros é amigos, que contra nos vienen, é ya Dios no me salve si á mi poder el puerto tomaren tan ligeramente como ellos cuidan.» E mandando armar toda su gente, y ellos asimesmo, salieron de la villa contra ellos; é Galdar fué á un puerto que con la villa se contenía, y el conde Latine á otro á la parte del castillo, en el cual estaba don Galvanes é Agrájes con todos los que los ayudaban, é iban en la delantera Gavarte de Val Temeroso é Orlandin, é Osinan de Borgoña é Madancil de la Puente de la Plata; é allí el conde Latine, con gran gente de pié y de caballo, é Galdar con otra gran compañía llegó al otro puerto, donde venia don Florestan é Cuadrágante, é Brian de Monjaste é Angriote, é los otros sus compañeros.

Estonces se comenzó entre ellos una cruel é peligrosa batalla con lanzas, saetas é piedras; así que, muchos feridos é muertos hobo, y los de la tierra defendieron los puertos hasta hora de tercia; mas don Florestan, que á una barca se halló con Brian de Monjaste é don Cuadrágante é Angriote, tenia á Enil, aquel buen caballero que ya oistes en el segundo libro, é á Morantes de Salvatierra, que era su cohermano; é los de Brian eran Coman é Nicoran, é los de Cuadrágante, Landin y Orian el valiente, é los de Angriote, su hermano Gradovoy é Sarquiles, su sobrino. E Florestan dió grandes voces que derribasen la puente, é saldrían por ella en sus caballos. Angriote le dijo: «¿Por qué quereis acometer tan gran locura, que aunque de la puente salgamos, el agua es tan alta antes que lleguemos á la tierra, que los caballos nadarán?» E así lo decia don Cuadrágante, mas don Brian de Monjaste fué del voto de Florestan; y echada la puente, pasaron entrambos por ella, é llegando al cabo, hicieron saltar los caballos en el agua, que era tan alta, que les daba á los arzones de las sillas, é allí acudieron muchos de los contrarios, que de grandes golpes é mortales los herían; y llegó don Cuadrágante é Angriote, y juntáronse con ellos, é así lo hicieron aquellos sus compañeros; mas la subida del puerto era tan alta y la gente tan grande que la defendían, que no sabían dar remedio. Allí fué el ruido tan grande y de tantos alaridos de un cabo y de otro, que no parecia sino ser todo el mundo asonado. Dragonis é Palomir quedaron en el agua, que les daba á los pescuezos, é sus caballeros con ellos trabándose á las tablas de las galeas quebradas, y pujándose unos á otros, yendo con gran trabajo adelante, fasta que ya el agua les daba á las cintas; é aunque la gente de la

ribera era mucha é bien armada, y resistían con gran esfuerzo, no pudieron excusar que don Florestan y sus compañeros no tomasen tierra, y luego asimesmo Dragónis é Palomir, con todos los suyos. Cuando Galdar esto vió, que los suyos perdían el campo, no pudiendo sufrir á sus contrarios, por estar ya muy apoderados, con gran ánimo y lo mejor que él pudo hizolos retraer porque todos no se perdiesen; que él estaba muy mal herido de la mano de don Florestan y de Brian de Monjaste, que lo derribó del caballo; é fué tan quebrantado, que apenas se podía tener en otro caballo que los suyos le dieron; é yéndose contra la villa, vió cómo el conde Latine se venía con toda su gente á mas andar, que ya le habían tomado el puerto don Galvanes é Agrájes y sus compañeros, como aquellos que á su causa la batalla se facia. E agora sabed aquí que el Conde había prendido á Dandasido, hijo del gigante viejo, é otros veinte hombres de la villa con él, teniéndolos por sospechosos que le habían de ser contrarios, los cuales estaban en el castillo, en una prision que era en la mas alta torre, é hombres que los guardaban; y como la batalla fué entre los caballeros, los carceleros que los tenían salieron encima de la torre por mirar la batalla; y cuando Dandasido vió que los no guardaban, é vió que tenía tiempo de se soltar, dijo á aquellos que con él estaban: «Ayudadme, y salgamos de aquí. —¿Cómo será eso? dijeron ellos. —Quebrantemos este candado desta cadena, que á todos tiene.»

Estonces con una gruesa sogá de cáñamo, con que de noche les ataban las manos é piés, metiéronla por el candado lo mas presto que pudieron, y con la gran fuerza de Dandasido y de todos los otros, quebráronle el ramo, aunque asaz grueso, é salieron todos, é muy presto tomando las espadas de los carceleros que encima de la torre estaban, como oído habeis, fueron á ellos, que en al no entendían sino en mirar la batalla que en los puertos se hacia, y matáronlos todos; é dieron grandes voces: «Armas, armas, por Madasima, nuestra señora.» Cuando los de la villa esto vieron, tomaron las torres mas fuertes de la villa, é mataban todos los que alcanzar podían. Cuando el conde Latine esto vió entró por la puerta que saliera é paró en una casa cerca della, é Galdar de Rascuil con él, que no osaron pasar adelante, atendiendo mas la muerte que la vida. Los de la villa trababan las calles de entre ellos y esforzábanse cuanto podían con aquel gran socorro, é daban voces á los de fuera que llegasen allí á su señora Madasima y que le entregasen la villa. Cuadragante é Angriote llegaron á una puerta por saber la verdad, é sabiendo de Dandasido el hecho como estaba, fuéronlo decir á don Galvanes, y luego cabalgaron todos, y llegaron á Madasima, su fermoso rostro descubierto, en un palafren blanco, vestida de un capete de oro; y llevándola cerca de la villa, abrieron las puertas, é salieron á ella cien hombres de los mas honrados é besáronle las manos, y ella les dijo: «Besadlas á mi señor é mi marido don Galvanes, que, despues de Dios, él me libró de la muerte y me ha hecho cobrar á vosotros, que sois mis naturales, é contra toda razon vos tenía perdidos; é á él tomad por señor, si á mí amais.» Entonces llegaron todos á don Galvanes, é hincados los hinojos en tierra, con pa-

labras muy humildes le besaron las manos, y él los recibió con buena voluntad é muy buen talante, gradeciéndoles é loándoles mucho la gran lealtad y el buen amor que á Madasima, su buena señora, habían tenido; y luego se metieron á la villa, donde llegó Dandasido, que muy honrado de Madasima y de todos aquellos señores fué. Esto así fecho, dijo Imosil de Borgoña: «Muy bien sería que de todos nuestros enemigos que aun en la villa están nos despachásemos.» Agrájes, el cual con muy gran saña encendido estaba, dijo: «Yo he mandado destrabar las calles; el despacho será que todos sean despachados, sin que ninguno de todos ellos vivo quede. —Señor, dijo Florestan, no deis á la ira ni saña tanto señorío sobre vos, que vos haga facer cosa que despues de apartada querríades mas presto ser muerto. —Bien vos dice, dijo don Cuadragante; baste que se metan todos en la prision de don Galvanes, vuestro tío, si alcanzar se puede, porque mayor reparo es de los vencedores tener vivos los vencidos que muertos, considerando las vueltas de la mudable é incierta fortuna; que así como á ellos, á los prosperados tornar en breve podría.»

Acordóse pues que Angriote de Estravaus é Gavarto de Val Temeroso fuesen á lo despachar; los cuales llegados á la parte donde el conde Latine é Galdar de Rascuil estaban, hallaron toda su gente muy mal parada, é á ellos mal heridos con gran dolor de sus ánimos, porque la cosa en tal estado contra ellos venido había; é sobre algunas razones entre ellos habidas, tovieron por bien de se poner en la voluntad é buena mesura de don Galvanes. Acabado pues esto, que la villa y el castillo enteramente fué en poder de Madasima y de sus valedores, con gran placer de todos ellos, otro día siguiente sopieron por nuevas cómo el rey Arban de Norgales é Gasquilan, rey de Suesa, con tres mill caballeros eran llegados al puerto de aquella insola, é cómo salían todos en tierra á gran priesa y enviaban la flota para que viandas les trajesen. En gran alteracion les puso esto, sabiendo la muchedumbre de la gente, y los suyos estar tan mal parados; pero, como hombres que vergüenza dudaban, acordándoseles de lo que Amadis les dijera, que sus cosas ficiesen con acuerdo; como quiera que el parecer de algunos fuese de salir á pelear con ellos, no lo hicieron fasta que todos reparados fuesen de sus llagas, é los caballos é armas en mejor disposition.

Así que, en esto quedando unos é otros, contará la historia de Amadis y de don Bruneo de Bonamar, que en la insola Firme quedado habían.

CAPITULO III.

De cómo Amadis preguntó á su amo don Gandáles nuevas de las cosas que pasó en la corte, y de allí se partieron él y sus compañeros para Gaula, y de las cosas que les avino de aventuras en una isla que arribaron, donde defendieron del peligro de la muerte á don Galaor, su hermano de Amadis, é al rey Cildadan del poder del gigante Madarque.

Despues que la flota partió de la insola Firme para la insola de Mongaza, como oído habeis, Amadis quedó en la insola Firme, é don Bruneo de Bonamar con él; é con la priesa de la partida, no tovo lugar de saber de su amo don Gandáles las cosas que pasó en la corte del

rey Lisuarte; é llamándolo aparte, paseándose por una huerta donde él posaba, quiso saber lo que pasara. Don Gandáles le dijo lo que en la Reina falló é con el amor que recibió su mensaje, y en cuánto lo tovo, é cómo le enviaba á rogar por la paz con el Rey; é asimesmo le contó lo que pasara con Oriana é Mabilia, é lo que ellas le respondieron, é dióle la carta que traía de Mabilia, por la cual sopo cómo había acrecentado en su linaje, dándole á entender que Oriana estaba preñada; todo lo oía Amadis con gran placer, aunque con mucha soledad de su señora, que su corazón no fallaba en ninguna cosa reposo ni descanso alguno; é así estovo solo en la torre de la huerta con gran pensamiento, cayéndole las lágrimas de sus ojos, que las faces le mojaban como hombre fuera de sentido; mas tornando en sí, fuese adonde don Bruneo andaba, é mandó á Gandalin que metiese las armas en una fusta é las de don Bruneo, é las otras cosas necesarias, porque en todo caso queria partir otro día para Gaula; esto se hizo luego, é venida la mañana, entraron en la mar con tiempo enderezado, é á las veces con contrario, é á los cinco días falláronse cabe una insola que les pareció muy poblada de árboles é tierra hermosa al parecer. Don Bruneo dijo: «¿Védes, Señor, qué hermosa tierra? —Tal me parece, dijo Amadis. —Pues paremos aquí, Señor, dijo don Bruneo, unos dos dias, é podrá ser que en ella fallemos algunas extrañas aventuras. —Así se haga,» dijo Amadis. Estonces mandaron al patron que acostase la galea á la tierra, que querían salir á ver aquella insola, que muy hermosa les parecia, y tambien para si algunas aventuras hallasen. «Dios vos guarde della, dijo el maestro de la nao. —¿Por qué? dijo Amadis. —Por vos guardar de la muerte, dijo él, ó de muy cruel prision; que sabed que esta es la insola Triste, donde es señor aquel muy bravo gigante Madarque, mas cruel é esquivo que en el mundo hay; é digovos que pasa de quince años que no entró en ella caballero ni dueña ni doncella que no fuesen muertos ó presos.» Cuando esto oyeron, mucho se maravillaron, é no con poco temor de acometer taj-aventura; mas, como ellos fuesen de tales corazones, y que el su oficio verdadero era quitar del mundo tan malas costumbres, no temiendo el peligro de sus vidas, mas que la gran vergüenza que dejándolo se les podría seguir, dijeron al maestre que en todo caso llegase la fusta á la tierra, lo cual muy á duro é casi por fuerza acabaron; é tomando sus armas y en sus caballos, solamente consigo llevando á Gandalin é á Lasindo, escudero de don Bruneo, entraron por la insola adelante, é mandaron aquellos sus escuderos que si fuesen acometidos de otros hombres que caballeros no fuesen, que les ayudasen como mejor pudiesen. Ellos dijeron que así lo harían.

Así andovieron una pieza hasta que fueron encima de la montaña, é vieron cerca de sí un castillo, que les pareció muy fuerte y fermoso, y fuéronse para allá por saber algunas nuevas del Gigante, y llegando cerca, oyeron tañer en la mas alta torre un cuerno tan bravamente, que todos aquellos valles hacia retañer. «Señor, dijo don Bruneo, aquel cuerno se tañe, segun dijo el maestre de la galea, cuando el Gigante sale á batalla; y esto es si los suyos no pueden vencer ó matar

algunos caballeros con que se combaten; y cuando él así sale es tan sañudo, que mata á todos los que halla, é aun algunas veces de los suyos. —Pues vamos adelante,» dijo Amadis. E no tardó mucho que oyeron muy gran ruido de mucha gente y de muy grandes golpes de lanzas y de espadas muy agudas é bien tajantes; é tomando todas sus armas, fueron todos para allá é vieron muy gran gente, que tenían cercados dos caballeros é dos escuderos que estaban á pié, que los caballos les habían muerto, y queríanlos matar, mas todos cuatro se defendían con las espadas tan bravamente, que era maravilla verlos; é Amadis vió venir des- contra ellos á Ardian el su enano, é como vió el escudo de Amadis, conociólo luego, é dijo á grandes voces: «¡Oh señor Amadis! socorred á vuestro hermano don Galaor, que lo matan, é á su amigo el rey Cildadan.» Cuando esto oyeron moviéronse al mas correr de sus caballos, juntos uno con otro; que don Bruneo á su poder á él ni á otro en tal menester no daría la ventaja; é yendo así, vieron venir á Madarque, el bravo gigante, que era señor de la insola, é venía en un gran caballo é armado de hojas de muy fuerte acero é loriga de muy gruesa malla, y en lugar de yelmo, una capellina gruesa é limpia y reluciente como espejo, y en su mano un muy fuerte venablo, tan pesado, que otro cualquier caballero ó persona que sea apenas é con gran trabajo lo podría levantar; é un escudo muy grande é pesado, y venía diciendo á grandes voces: «Tiradvos afuera, gente cativa, de poca gran, que no podeis matar dos caballeros lasos é sin poder como vos; tiradvos afuera, y dejaldos á este mi venablo que goce la sangre dellos.» ¡Oh, cómo Dios se venga de los injustos y se descontenta de los que la soberbia seguir quieren, y este orgullo y soberbio cuán presto es derrocado! Tú, letor, mira cuán por experiencia se vió en aquel Nembrot, que la torre de Babel edificó, que Babilonia se dice al presente, é otros que por Escritura decir podría, los cuales dejó por no dar causa á prolijidad.

Así contecié á Madarque en esta batalla. E Amadis, que todo lo oyó, en gran pavor fué puesto por le ver tan grande é tan desemejado, é acomendándose á Dios, dijo: «Agora es tiempo de ser socorrido de vos, mi buena señora Oriana.» E rogó á don Bruneo que firiere él en los otros caballeros; que él queria resistir al Gigante; é apretó la lanza so el brazo, é aguijó el caballo contra Madarque cuanto mas recio pudo, y encontróle tan fuertemente en el pecho, que por fuerza le hizo doblar sobre las ancas del caballo; y el Gigante, que apretó las riendas en la mano, tiró tan fuertemente, que hizo enarmonar el caballo; así que, cayó sobre él y le quebró la una pierna; y el caballo hobo sacada la una espalda, de manera que ninguno dellos se pudo levantar. Amadis, que así lo vió, puso mano á su espada é dió voces, diciendo: «A ellos, hermano Galaor; que yo soy Amadis, que os socorre.» E fué para ellos, é vió cómo don Bruneo había muerto de un encuentro por la garganta á un sobrino del Gigante, é con la espada hacia cosas extrañas, de que mucho se maravilló; é dió un golpe por cima del yelmo á otro caballero, que no le prestó el yelmo que le no cortase fasta el casco, é dió con él en el suelo. Galaor saltó